

Seis beduinos bien armados formaban nuestra escolta. Iban dos arrieros, un cocinero y un mozo en la caravana. Había dos mulas para nuestro equipaje, y dos destinadas á cargar las provisiones, los lechos, las tiendas y los útiles de cocina y de mesa. Éramos trece las personas que formábamos la comitiva, y llevábamos diez y siete bestias.

En estos países donde se carece de todo en un viaje, es necesario proveerse de cuanto es indispensable anticipadamente, pues con frecuencia es preciso acampar á cielo raso, sin que haya medio de comprar ni las materias primas que se han menester para el alimento.

A las tres de la tarde, terminados ya nuestros preparativos, dijimos adios á los franciscanos, y montamos á caballo para salir de Jerusalem. El padre Procacci y el hermano Pedro se despidieron de mí con lágrimas, lo que me dejó en extremo reconocido. El judío Mussa me tuvo el estribo de la silla y la brida del caballo para que montara, y yo al partir le di una piastra de oro. Me dijo adios tambien con enternecimiento, deseándome muchas felicidades y dándome mil bendiciones.

—El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob os acompañe y guie por caminos de prosperidad, y os restituya sano y salvo al seno de vuestra familia,—exclamaba el judío á grandes voces, en su lenguaje bíblico, mientras yo me alejaba á buen paso del convento franciscano.

### § I

#### BETEL.

Salimos de Jerusalem por la puerta de Jaffa, y pasamos por el flanco de una colina de ceniza. Un poco adelante encontramos el mausoleo de Elena, reina de Adiabena, conocido vulgarmente con el nombre de *tumba de los reyes*. Tuve el sentimiento de no detenerme á visitarlo, por ser ya tarde y haber de llegar á Betel antes del oscurecer.

Atravesamos el valle de Josafat por una senda pedregosa, y llegamos á la cumbre del monte Skopo. Este monte es célebre, por haber sido el lugar donde el gran sacerdote Jado vino á encontrar á Alexandro, que vencedor del Asia, marchaba á la conquista de Jerusalem. Jado se habia puesto sus insignias pontificales, y venia acompañado de gran número de habitantes de la ciudad vestidos en traje de fiesta. Todos ellos entonaban cánticos, y aquel cortejo de paz que le salia al encuentro, impresionó vivamente en la imaginación al héroe macedonio. Y reconociendo Alexandro en el pontífice al anciano venerable que habia visto en sueños, se postró delante de él de rodillas para adorar el nombre de Jehová escrito sobre su tiara.

Alexandro entró pacíficamente en Jerusalem y fué al Templo en compañía del gran sacerdote, á ofrecer sacrificios al Dios verdadero. De allí en adelante, el conquistador eximió á la Ciudad Santa, cada nueve años, del tributo que pagaba.

Desde la altura de este monte se descubre Jerusalem por la vez postrera. Descendí del caballo para decirle adios, así como la habia saludado, de rodillas, y leyendo en el libro del hermano Lavinio, entoné dentro de mi alma esta elegía sublime, que sola puede expresar los sentimientos de un corazón que, teniendo á Jerusalem por patria, derrama llanto en su ausencia.

«Junto á los rios de Babilonia nos sentamos y lloramos acordándonos de Sion. Porque allí nos pidieron los que nos tenían cautivos, palabras de canción; y los que por fuerza nos llevaron, dijeron: Cantadnos un himno de los cantares de Sion. ¿Cómo cantaremos cántico del Señor en tierra ajena? Si me olvidase de tí, Jerusalem, á olvido sea entregada mi derecha. Quede pegada mi lengua á mis fauces si yo no me acordare de tí, si no me propusiere á Jerusalem por punto principal de mi alegría.»

Levantándome despues y montando á caballo, eché una última mirada á la Ciudad Santa, pensando que no volveria á verla sino hasta el dia en que el Juez Supremo convocase á las gentes del Levante y

del Aquilon, del Septentrion y del Mediodía para darles lo que hubieren merecido en justicia. Término lejano que llegará sin embargo, y que con su aparato majestuoso llena de pavor desde ahora mi corazón y mi pensamiento.

Un cuarto de hora despues llegamos á la colina llamada *Tel-el-Soma*, desde donde se perciben al oriente el Mar Muerto y Anata, la antigua Anatot, ciudad sacerdotal de la tribu de Benjamin. En Anatot nació el profeta Jeremías. Sobre esta colina existió la antigua Gabaa que por la violacion cometida por uno de sus habitantes en la mujer de un levita, acarrió la destruccion de la tribu de Benjamin.

Un levita que tenia por concubina á una mujer de Belen, fué á recogerla á este lugar. Porque ella, habiendo adulterado, lo habia abandonado y se habia venido á la casa de sus padres. Recogió, pues, el levita á su concubina, y volviéndose á los montes de Efraim donde habitaba, tomóle la noche en Gabaa, y un viejo le dió hospedaje en su casa. Los hombres del pueblo, semejantes á los habitantes de Sodomá, cercaron la casa del anciano pidiéndole á voces al levita. El puso en sus manos á la concubina, por evitar que el sacerdote sufriese tal injuria, y aquellos hombres no dejaron á la mujer sino hasta el alba. Al partir el levita á la madrugada, halló á su mujer tendida sobre los umbrales de la casa, y echándola sobre un asno, cargó con ella hasta el término de su viaje. Llegado que hubo, tomó un cuchillo y echó mano de su concubina, y despedazóla con sus huesos en doce partes y enviólas por todos los términos de Israel.

Entonces se levantaron las once tribus ardiendo en deseo de venganza contra aquel crimen horrible, y enviaron á decir á Benjamin: «entregadnos á aquellos hombres que están en Gabaa para que los matemos y borremos el mal de Israel;» pero Benjamin no quiso. Entonces las once tribus se levantaron contra Benjamin, y á pesar de la resistencia desesperada que esta opuso, la vencieron, y pasaron á cuchillo á sus hombres y á sus bestias, y pusieron fuego á todas sus ciudades.

De Gabaa no quedó piedra sobre piedra, y ahora en el lugar que ocupó se extiende el campo.

Gabaa es la patria de Saul.

Despues de haber caminado media hora, llegamos al frente de la antigua Rama, lugar donde Nabusardan, general del ejército babilonio, habiendo encontrado entre los cautivos al profeta Jeremías, lo envió libre colmándolo de presentes.

A nuestro paso dejábamos por ambos lados del camino pequeñas aldeas y caserios sobre las alturas. Esta manera particular de formar las poblaciones, presenta grande novedad y causa magnífico efecto en el paisaje. La tendencia á hacer ganar las cumbres á las habitaciones, es uno de tantos distintivos de la Palestina; costumbre antiquísima, anterior á los mismos hebreos, que se ha trasmitido de raza en raza entre todos los pobladores de este país.

En cuarenta minutos mas llegamos á una fuente llamada *Ain-el-Bireh*, que nace al pié de un pequeño monumento. Dejámosla á la izquierda, y entramos en el *Bireh*, pequeña aldea que es la antigua *Beeroth* de la tribu de Benjamin. Esta aldea se encuentra entre Rama y Betel, y como la Escritura señala un lugar en medio de estas dos poblaciones, como aquel donde pronunciaba Débora sus juicios, es acaso en *el-Bireh* mismo donde esta profetisa juzgaba al pueblo de Israel bajo una palma.

Dícese que fué en Beeroth donde la Virgen y su esposo se apercibieron de que no venia su Hijo en la comitiva, en aquella ocasion en que el Niño Redentor habia quedado en Jerusalem interrogando á los doctores. Sobre el lugar donde la tradicion asegura haber reposado la Santa Familia, se levantó en la antigüedad una iglesia que fué reedificada por los Cruzados. Queda en pié todavía este templo en su mayor parte, y es una vasta construccion de piedra, hecha conforme al gusto reinante en los tiempos caballerescos.

Salimos de *el-Bireh*, y dirigiéndonos al norte tomamos el camino de Betel. Despues de media hora de marcha llegamos á una monta-

ña en cuyo flanco se encuentra abierta una caverna natural. Detuvimos un momento á contemplarla, porque es muy curiosa. Tiene amplia entrada, está llena de luz, y figura un salon cuadrado de diez ó doce metros, dividido en dos partes. La línea divisoria está marcada por dos esbeltas y uniformes columnas que se dirian hechas por la mano del hombre, y que parecen sostener la bóveda formada por la roca. Por entre las grietas de las peñas se desprende en el interior copiosa lluvia de agua cristalina, que se desborda y cae en pintorescas cascadas por la falda de la montaña. En la Edad-Média se daba á esta cueva el nombre de *Ayun-el-Haramieh* (los ojos de los ladrones), porque aquí se ocultaban los discípulos de Caco para sorprender y robar á los caminantes.

Todo el país situado á la orilla del Mediterráneo y del Mar Rojo, desde el Libano hasta el monte de Santa Catarina es excesivamente cavernoso. En la Siria hay cuevas donde pueden ocultarse diez mil hombres. En Palestina hay tambien multitud de lugares de esta clase, por cuya razon las cavernas hacen gran papel en la Historia Sagrada.

Un cuarto de hora despues llegamos á Betel, que es una aldea miserable, habitada por un puñado de pastores. Está edificada en una llanura que se extiende sobre una pequeña loma.

No se conservan de la poblacion antigua sino algunos montones de piedras, y columnas truncadas que yacen medio sepultadas en la tierra. Tal vez estos escombros sean los restos del altar del becerro de oro, edificado por Jeroboam. Hay tambien una piscina de construccion muy antigua, que está llena de escombros. Aquí asimismo se miran las ruinas de un templo cristiano, erigido en tiempo de las Cruzadas.

Eran cerca de las siete de la noche cuando llegamos á Betel, y comenzaba á oscurecer. Nuestro dragoman no quiso que entráramos en el pueblo, porque allí no hay posada, ni convento, ni cosa que se les parezca, y es muy difícil que un árabe introduzca á un desconocido en su casa.

Elegimos por consiguiente, para pasar la noche en aquel campo, un lugar al abrigo de los vientos, y con algun declive para que corriera el agua si acaso llovía.

Clavaron en el suelo los beduinos unas estacas en círculo, fijaron un grueso palo en el centro y amarraron los cordeles á las estacas. En un instante dejaron plantadas las tiendas. Cuatro llevábamos con nosotros, y nuestro campo parecia un campamento de beduinos.

En la misma tienda nos alojamos M. Delestre y yo. Nuestra improvisada habitacion quedó amueblada muy en breve, con dos catres, una mesa, sillas de campaña y una gruesa alfombra tirada por el suelo. No esperaba yo encontrar tanta comodidad en un asilo de lienzo levantado á los cuatro vientos.

Poco despues de habernos instalado en nuestra tienda comenzó á llover, y sopló un viento helado. El agua corria por el suelo de nuestro improvisado aposento, y apercibiéndose de ello los beduinos, vinieron, y con la punta de sus largos cuchillos hicieron un pequeño foso á nuestro alrededor, con lo cual el mal quedó cortado radicalmente.

A poco arreció el frio, y el agua se convirtió en nieve. Fué mucho lo que nevó aquella noche. Mientras nevaba, M. Delestre y yo comimos con apetito desordenado una comida succulenta y bien sazónada. El cocinero que traíamos con nosotros, llamado Abdalah, era muy inteligente. Es el cocinero predilecto de las caravanas inglesas que atraviesan la Palestina.

Serian las nueve de la noche cuando acabamos de comer, y á falta de cosa mejor que hacer, determinamos dormir en seguida.

Metímonos, pues, en nuestros lechos, que convidaban al sueño. Hace calor horrible dentro de las tiendas, y la causa de esto debe ser la falta de la circulacion del aire; la tierra parece vomitar vapores de fuego en aquel recinto formado por la lona. Nuestra tienda semejaba un horno aquella noche, al mismo tiempo que fuera de ella soplaba viento arrasante, y caía la nieve en abundancia. Mi sueño fué intran-

quilo, como si hubiera tenido calentura; mi cerebro estuvo lleno de ensueños, parecidos á las imaginaciones de un delirante. Impresionado por la idea de encontrarme en Betel, soñé que miraba la escala misteriosa que vió Jacob, cuando huyendo de la cólera de Esaú hacía la Mesopotamia, pasó en este lugar una noche, con la cabeza reclinada sobre una piedra. Parecíame oír la voz del Señor que decía á Jacob: «Yo soy el Señor Dios de Abraham, tu padre, y el Dios de Isaac: la tierra en que duermes, la daré á tí y á tu posteridad. Y será tu posteridad como el polvo de la tierra. Seréis dilatado al Occidente y al Oriente, y al Septentrion y al Mediodía, y serán benditas en tí y en tu simiente todas las familias de la tierra.»

Al despertarme á las seis de la mañana siguiente, lo primero que hice fué repetir en mi pensamiento: *Verè Dominus est in loco isto et ego nesciebam. Quam terribilis est locus iste! Non est híc aliud nisi domus Dei, et porta cæli.* Verdaderamente el Señor está en este lugar, y yo no lo sabia! Cuán terrible es este sitio. No es aquí sino casa de Dios y puerta del cielo!

Y sentí sumos deseos de levantarme como el patriarca, tomar una piedra, alzarla por título y derramar aceite sobre ella.

Este lugar se llamaba antiguamente Loza, y Jacob, á causa de la vision que aquí tuvo, le puso por nombre Betel, que quiere decir *casa de Dios*.

Viniendo Abraham de Siquem, levantó aquí sus tiendas, y erigió un altar al Señor. Aquí fué asimismo donde este patriarca y Lot se separaron, á causa de las querellas nacidas entre sus pastores.

Jeroboam, despues de haberse rebelado contra la casa de David, colocó en Betel el becerro de oro, al que ofrecia sacrificios. Mientras el rey se entregaba á estas idolatrías, un profeta vino á anunciarle la destruccion de su altar y de todos los sacerdotes de los ídolos. Jero-boam tendió la mano para hacer arrestar al profeta, pero su mano se secó, y el altar se hendió de arriba abajo.—

Tomamos una taza de café y un vaso de leche, y nos dispusimos á

continuar el viaje. Salimos de la tienda, y quedamos sorprendidos al ver el campo cubierto de una capa de nieve de dos pulgadas de espesor, así como nuestras casas de lona. Esta fué sin duda la causa del calor sofocante que sufrimos aquella noche, pues no habia hendedura ni intersticio que no estuvieran obstruidos, de manera que un átomo solo de aire no podia entrar en nuestra tienda.

Preparado todo ya para la marcha, se trabó una disputa entre el arriero dueño de las bestias, y Fortunato. Aquel pretendia que debiamos pasar el dia en Betel, pues estando borrados los caminos á causa de la nieve, nos era imposible poder dirigirnos; el otro pretendia, por el contrario, que los caminos, saliendo de Betel, estaban visibles y expeditos. Ambos miraban por su interes, pues Anna (Juan) el arriero, queria ganar á Fortunato el sueldo de un dia mas, al paso que este trataba de ahorrar para ganar lo mas posible en el contrato.

La disputa duró una hora, con gritos, manoteos y miradas terribles. M. Delestre y yo determinamos que no teniamos objeto para permanecer en Betel, y zanjamos la discusion montando en nuestros caballos y echando adelante. La comitiva caminó en nuestro seguimiento.

## § II

### HAUARA.

Febrero 22.

Torcimos á la izquierda de Betel, y subiendo una pequeña altura seguimos un camino al noreste. Allí encontramos algunos pastores que abrevaban su ganado en una atarjea. Estos pobres pastores no tenian mas que una camisa azul echada sobre el cuerpo, y estaban ateridos por el frio.

Saliendo de Betel acaba la tribu de Benjamin y se entra en la de Efraim. Los efraimitas no podian pronunciar, por un defecto orgá-